

se ve el hondo abismo del valle de los Santos. El rio Kadisha corre al pié de este peñasco; su cauce no es mas que una línea de espuma, pero estoy á tanta altura que su [estruendo no sube hasta mis oídos. Kanobin fué fundado, dicen los monges maronitas, por Teodosio el Grande. Todo el valle de los Santos se parece á una vasta nave natural cuyo cimborio es el cielo, cuyos pilares son la cresta del Líbano y cuyas capillas son las innumerables celdas de los ermitaños labradas en las laderas del peñasco. Esas ermitas están suspendidas sobre precipicios que parecen inaccesibles; las hay como nidios de golondrinas, á todas las alturas de las paredes del valle. Unas no son mas que una gruta labrada en la piedra, otras son casitas construidas entre las raices de algunos árboles sobre las cornisas avanzadas de las montañas. El gran convento está abajo, á la vera del torrente. Hay cuarenta ó cincuenta religiosos maronitas ocupados, unos en labrar la tierra, otros en imprimir libros elementales para la educacion del pueblo. Ecse-lentes religiosos, que son los hijos y los padres del pueblo, que no viven de su sudor, sino que trabajan noche y dia para el provecho de sus hermanos; hombres sencillos que no codician ninguna riqueza, ninguna fama en este mundo: trabajar, orar, vivir en paz, morir en gracia y desconocidos de los hombres; esta es toda la ambicion de los religiosos maronitas.

La misma fecha.

Ayer bajé de las últimas cumbres de estos Alpes, era el huésped del jeque de Eden, aldea árabe maronita suspendida bajo el mas agudo diente de estas montañas, en los límites de la vegetacion, y que no es habitable mas que en verano. El noble y respetable anciano vino á buscarme con su hijo y algunos de sus servidores, hasta las cercanías de Trípoli de Siria, y me recibió en su castillo de Eden, con la dignidad, el agasajo y la elegancia que pudiera esperarse de uno de los antiguos señores de la corte de Luis XIV. Arboles enteros ardan en el ancho hogar; corderos, cabritillos, ciervos estaban amontonados en rimeros en las espaciosas salas, y las odres seculares de los vinos de oro del Líbano, traídas del sótano por sus criados, corrian pasa nosotros y para nuestra escolta. Despues de haber pasado algunos dias estudiando aquellas hermosas costumbres homéricas, poéticas como los mismos sitios donde las hallá-bamos, el jeque me dió su hijo primogénito y cierto número de ginetes árabes para conducirnos á los cedros de Salomon; árboles famosos que todavía consagran la mas alta cima del Líbano, y que hace siglos van los hombrres á venerar como los úl-

timos testigos de la gloria de Salomon. No los describiré aquí. De vuelta de aquella jornada memorable para un viagero, nos estraviámos en las sinuosidades de peñascos y en los numerosos y altos valles que surcan por todas partes este grupo del Líbano, y nos hallamos de pronto en el borde tajado de una inmensa pared de peñascos, de unos mil piés de profundidad que ciñen el valle de los Santos. Las paredes de aquel balaurte de granito eran tan perpendiculares, que los mismos gamos de la montaña no hubieran podido hallar en ellas un sendero, y que nuestros árabes tenían que tenderse de bruces en el suelo y vencerse sobre el abismo para descubrir el fondo del valle. El sol iba declinando, y ya habíamos caminado unas dos horas; hubiéramos tenido que caminar todavía otras muchas para hallar nuestro sendero perdido y volver á Eden; apeámonos de nuestros caballos, y confiándonos á uno de nuestros guías, que conocia no lejos de allí una escalera de roca viva, labrada antiguamente por los monges maronitas, inmemorables moradores de este valle; seguimos un buen trecho los bordes de la cornisa, y bajamos en fin por aquellos resbaladizos escalones, á una meseta desprendida de la roca y que dominaba todo aquel horizonte.

Descendia el valle primeramente por anchos y suaves declives del pie de las nieves y de los cedros que formaban una mancha negra sobre aquellas

nieves; allí se desarrollaba sobre praderas de una verdura amarillenta y delicada como la de las altas grupas del Jura ó de los Alpes, una multitud de espumosos arroyuelos, que arrancan al pié de las nieves, surcaban aquellas herbosas pendientes é iban á reunirse en una sola masa de agua y de espuma al pié del primer escalon de peñascos. Allí el valle se internaba de repente á cuatrocientos ó quinientos piés de profundidad, el torrente se precipitaba con él, y estendióse sobre una ancha superficie, ora cubria el peñasco como un líquido y trasparente velo, ora se desprendia de él formando airozas bóvedas, y cayendo en fin sobre inmensos y agudos peñones de granito arrancados de la cima, se despedazaba en ellos y resonaba como un eterno trueno; el viento de su caída llegaba hasta nosotros, llevándose como ligeras neblinas el humo del agua de mil colores, la mecía por todo el valle ó la suspendia en rocío á las ramas de los arbustos y á las asperezas de la roca. Prologándose hácia el norte, el valle de los Santos se abria y se ensanchaba cada vez mas: luego, á cosa de dos millas del punto en que estábamos situados, dos montañas peladas y cubiertas de sombras se acercaban inclinándose una hácia otra, dejando apenas un boquete de algunas toesas entre sus dos estrechidades, donde iba á rematar el valle y á perderse con sus praderas, sus altas vides, sus álamos,

sus cipreses y su torrente de leche. Encima de los dos montes que le comprimian, como queda dicho, veíase en el horizonte como un lago de un azul mas sombrío que el cielo, que era un pedazo del mar de Siria, ceñido por un golfo fantástico de otras montañas del Líbano; aquel golfo estaba á veinte leguas de nosotros; pero la transparencia del aire nos le mostraba como si estuviera á nuestros piés, y aun distinguíamos dos buques á la vela, que, suspendidos entre el azul del cielo y el del mar, y achicados por la distancia, parecían dos cisnes nadando en nuestro horizonte. Aquel espectáculo nos pasmó de tal suerte en el primer momento, que no fijamos nuestras miradas en ningun pormenor del valle; pero cuando pasó el primer deslumbramiento, y pudimos traspasar con la vista el flotante vapor de la tarde y de las aguas, una escena de otra naturaleza se fué poco á poco desarrollando delante de nosotros.

A cada recodo del torrente donde dejaba su espuma un poco de trecho á la tierra, veíase un convento de monges maronitas, labrado con piedras de un color pardo sanguíneo, sobre el gris del peñasco, y su humo se alzaba en los aires entre copas de abedules y de cipreses. Al rededor de los conventos, pequeñas tierras conquistadas sobre la roca ó el torrente, parecían cultivadas como los huertos mas cuidados de nuestras quintas, y de

trecho en trecho se veía á aquellos maronitas vestidos con sus hábitos negros, que volvían del trabajo del campo, unos con la azada al hombro, otros conduciendo reducidas manadas de potros árabes, cuales manejando el arado y picando sus bueyes entre las moreras. Muchas de aquellas casas de oracion y de trabajo estaban suspendidas, con sus capillas y sus ermitas, en los cabos avanzados de dos inmensas cordilleras de montañas; otras estaban labradas como grutas de fieras en el peñasco mismo; de estos solo se veían la puerta coronada de un arco diagonal de donde pendía la campana, y algunas pequeñas azoteas labradas bajo la bóveda misma de la roca adonde los frailes viejos y achacosos iban á respirar el aire y á ver un poco de sol y de verdura. En ciertos realces de los precipicios, el ojo no podía reconocer ningun camino, pero aun allí se veían un convento, una soledad, un oratorio, una ermita, y algunas figuras de solitarios circulando entre los peñascos y los arbustos, trabajando, leyendo ó haciendo oracion. Uno de aquellos conventos era una imprenta árabe para la instruccion del pueblo maronita, y se veía en la azotea una multitud de frailes que iban y venían, y estendían en zarzos de caña los pliegos blancos del papel húmedo.

Nada puede representar, como no sea el príncel, la muchedumbre y lo pintoresco de aquellos retiros; cada piedra parecía haber producido su celda,

cada gruta su ermita, cada fuente tenia su moyimiento y su vida, cada árbol su solitario bajo su sombra; por dó quiera donde caian sus ojos, veian el valle, la montaña, los precipicios, animarse, por decirlo así, bajo su mirada, y una escena de vida, de oracion, de contemplacion, desprenderse de aquellas eternas moles ó mezclarse á ellas para consagrirlas; pero pronto se hundió el sol en el horizonte, cesaron los trabajos del dia, y todas las figuras negras esparcidas por el valle entraron en las grutas ó en los monasterios. En todas partes tocaron las campanas la hora del recogimiento y del oficio de la tarde;—unas con la voz fuerte y vibrante de los recios vendabales en el mar, otras con las voces leves y argentinas de los pájaros en los trigos; estas lastimeras y lejanas, como suspiros en la noche y en el desierto; todas aquellas campanas se respondian de las dos márgenes opuestas del valle, y los mil ecos de las grutas y de los precipicios, se enviaban sus sonidos en confusos murmullos repercutados, mezclados con el rugido del torrente, el rumor de los cedros y las mil sonoras cascadas que surcaban las dos faldas de los montes. Luego hubo un momento de silencio, á que siguió un nuevo rumor mas blando, grave y melancólico; era el canto de los salmos que, alzándose al mismo tiempo de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio, de cada celda, se mezclaba, se confundia, subiendo hasta nosotros como un vasto murmullo y parecia

una sola melodiosa queja del valle entero que acababa de tomar un alma y una voz: luego una nube perfumó aquel aire que hubieran podido respirar los ángeles; quedamos mudos y encantados como aquellos espíritus celestiales cuando, volando por primera vez en el golfo que creian desierto, oyeron subir de aquellas mismas orillas la primera oracion de los hombres; comprendimos lo que era la voz del hombre para vivificar la naturaleza mas muerta, y lo que será la poesía al fin de los tiempos cuando, absortos y confundidos en uno solo todos los sentimientos del corazon humano, no será en la tierra mas que una adoracion y un himno!

12 de abril 1833. (1)

Hemos bajado á Trípoli de Siria con el jeque y su tribu; doy á su hijo una pieza de seda para hacer un divan; paso un dia recorriendo las deliciosas cercanías de Trípoli; salimos para Berut por la ribera del mar; empleamos cinco dias en embarcar nuestros bagages en el bergantin que he fletado, *la Sofia*;—preparativos para una vuelta por Egipto;—despedida de nuestros amigos Francos y árabes,

[1] Esta fecha está sin duda equivocada, pues el autor dice en la página 159 que se detuvo *algunos dias* en el castillo de Eden.—N. del T.

regalo varios caballos; hago partir seis de los mas hermosos á cargo de un picador árabe y de tres de mis mejores sais para que vayan, atravesando la Siria y la Caramania, á esperarme el 1.º de Julio en la orilla del golfo de Macri, frente por frente de la isla de Ródas, en el Asia-Menor. Al rayar el dia, el 15 de Abril de 1833, salimos de la casa donde Julia nos abrazó por última vez y nos dejó por el cielo!

¡Cuántas veces he besado, con cuántas lágrimas he bañado el piso de su cuarto! Aquella casa era para mí como una reliquia consagrada; todavía la veia en ella por do quiera; allí veia sus palomas, su caballo, su jardin, las dos hermosas niñas sirias que venian á jugar con ella!... Se levantan antes de amanecer, y vestidas con sus mas ricos atavíos, lloran y arrancan las flores de sus cabellos; les doy á cada una, para recuerdos de sus amigos extranjeros, á quienes ya no volverán á ver mas que en sus pensamientos, un collar de piezas de oro para el dia de su boda: una de ellas, Anastasia, es la muger mas hermosa que he visto en Oriente.

El mar está como un espejo; las chalupas cargadas de nuestros amigos que van á acompañarnos hasta el buque, siguen la nuestra; damos la vela con una buena ventolina de Este; las costas de Siria, ceñidas de sus franjas de arena, desaparecen con las copas de las palmeras; las blancas cimas

del Líbano nos siguen largo tiempo sobre el mar; doblamos de noche el cabo Carmelo; al rayar el alba, estamos á la altura de San Juan de Acre, enfrente del golfo de Kaifá; la mar está hermosa y multitud de delfines saltan al rededor de nuestro buque, todo tiene una apariencia de fiesta y de alegría en la naturaleza y en las olas, al rededor de este buque que lleva unos corazones muertos á toda alegría y á toda serenidad: he pasado la noche sobre cubierta, ¿en qué pensamientos? ¡Mi corazón lo sabe! Seguimos las costas bajas de la Galilea; Jafa brilla como un peñasco de yeso en el horizonte, sobre una playa de arena blanca; nos dirigimos á ella; allí hacemos escala algunos dias: mi muger y aquellos de entre mis amigos que no pudieron acompañarme en mi viage á Jerusalem, no quieren pasar tan cerca del Santo Sepulcro sin ir á llevar á él algunos gemidos mas. Por la tarde refresca el viento, y echamos el ancla á las siete en la borrascosa rada de Jafa; la mar está demasiado picada para que podamos botar una lancha; al dia siguiente desembarcamos todos; disponen una caravana los señores Damiani, mis antiguos amigos, agentes de Francia en Jafa; se ponen en camino á las once para ir á hacer noche en Ramla: me quedo solo en casa de M. Damiani.

Paso cinco dias recorriendo solo los alrededores; los amigos árabes á quienes conocí en mis dos primeros viages, me llevan á los jardines que tienen

en las cercanías del pueblo; ya he descrito estos jardines; son unos profundos bosques de naranjos, de limoneros, de granados y de higueras, tan grandes como los nogales en Francia; el desierto de Gaza rodea por todas partes estos jardines: una familia de labradores árabes vive en una cabaña contigua; junto á ella hay una cisterna ó un pozo, camellos, cabras, carneros, palomas y gallinas. El suelo está cubierto de naranjos y de limones dulces caídos de los árboles;—se levanta una tienda en el borde de uno de los canales de regadío que fertilizan el terreno, sembrado de melones y de pepinos;—debajo se extienden alfombras; la tienda está abierta del lado del mar para recibir la brisa que sopla desde las diez de la mañana hasta la tarde, se perfuma pasando entre las copas de los naranjos y arrastra una lluvia de azahar. Desde allí se ven las puntas de los minaretes de Jafa y los bajeles que van y vienen del Asia Menor á Egipto. Así paso mis días; escribo algunos versos sobre el único pensamiento que me ocupa:—quisiera quedarme aquí:—Jafa, pueblo separado de todo el universo, á la márgen del gran desierto de Egipto, cuya arena forma blancos collados alrededor de estos bosques de naranjos, bajo un cielo siempre puro y tibio, seria una morada perfecta para un hombre cansado de la vida y que no desea mas que un rincón al sol.

La caravana vuelve en fin.

Pido á mi muger algunos pormenores sobre Bellen y sobre los puntos circunvecinos que la peste me impidió visitar en mi primer viage: me los da y los inserto aquí:

“Al salir de los jardines de Jafa atravesamos á galope una inmensa llanura, cubierta entónces de cardos amarillos y morados. De trecho en trecho grandes rebaños que picaba un árabe á caballo, armado de una larga lanza, como en las Lagunas Pontinas buscaban un raro sustento entre las yerbas que todavía no habia calcinado el sol enteramente. Mas lejos, á nuestra derecha, y como á la entrada del desierto de El-Arish, algunos montones de barro, cubiertos de yerba seca, se alzaban del suelo, como hacinas de heno amarilleadas por la tempestad ántes de que haya podido recogerlas el cosechero:—aquello era una aldea.

“Cuando nos acercamos á ella vimos una multitud de chiquillos encueros salir como lapones, de aquellos pequeños conos volcados que formaban sus habitaciones; algunas mugeres, muy desgredadas, cubiertas apenas con una camisa azul, dejaban la lumbre que estaban encendiendo sobre dos piedras para preparar la comida, y subian á lo alto de su choza para vernos desfilir.

“Al cabo de cuatro horas de marcha llegamos á Ramla, donde nos aguardaba el agente del consu-

lado sardo, que tenia la bondad de prestarnos su casa;—las mugeres no podian hospedarse en el convento latino. Por la tarde visitamos una antigua torre á medio cuarto de legua de la ciudad, llamada la Torre de los cuarenta Mártires, ocupada ahora por los dervis giradores.

“Era un viérnes, día de ceremonia para su culto, y asistimos á ella.

“Unos veinte dervis, vestidos de un largo ropon y de un gorro puntiagudo de fieltro blanco, estaban acurrucados en corro en un recinto rodeado de una barandilla; el que parecia ser el gefe, venerable anciano de larga barba blanca, estaba, por distincion sentado sobre un cojin y dominaba á los otros. Una orquesta compuesta de un *nahi* ó bajon, de un *shoukabé*, especie de clarinete, y de dos tamborcillos reunidos, llamados *nacariate*, tocaba los mas discordantes cantos para nuestros oidos europeos. Los dervis se levantan con gravedad uno á uno, pasan por delante del superior, le saludan, y empiezan á dar vueltas con los brazos estirados, y alzados los ojos al cielo. Su movimiento pausado al principio, se va animando poco á poco, llega á una estremada rapidez y acaba por formar una especie de torbellino en que todo es confusion, deslumbramiento; miéntras que la vista puede seguirlos, sus miradas parece que espresan una gran ec-saltacion; pero en breve ya no se distingue nada.

No podré determinar el tiempo que duró aquel extraño waltz, pero me pareció larguísimo. Poco á poco sin embargo iba disminuyendo el número de los que daban las tales vueltas; rendidos de cansancio se iban dejando caer uno despues de otro y quedaban en su primera actitud; los últimos parecia que ponian gran persistencia en girar lo mas posible, y me daba lástima ver los esfuerzos que hacia un viejo dervis, jadeando y no pudiéndose tener al cabo de aquella dura prueba, para no ceder sino el último. Entretanto nuestros árabes nos hablan de sus supersticiones; aseguran que un cristiano recitando continuamente el *credo*, obligaria al musulman á girar sin fin por efecto de impulso irresistible hasta morir, que de ello habia muchos ejemplos, y que una vez habiendo descubierta los dervis al que empleaba este sortilegio, le obligaron á recitar el *credo* al revés, y destruyeron el hechizo en el momento en que iba á espirar el que daba las vueltas; y nosotros hacemos tristes reflexiones sobre la flaqueza de la razon humana, que busca á tientas, como el ciego, su senda hácia el cielo, y yerra tantas veces el camino. Estas raras estravagancias que degradan en cierto modo á la inteligencia humana, tenian sin embargo un fin digno de respeto y un noble principio. Aquello representaba al hombre queriendo honrar á Dios,—la imaginacion ansian-do ecsaltarse por movimiento fisico, y llegar, como